

La abadía de San Julián de Samos

Esta Abadía benedictina tiene el privilegio de estar enclavada en un bello y frondoso paisaje surcado por ríos. Fue enriquecida por donaciones de los reyes asturianos desde el siglo VIII y llegó a tener bajo su jurisdicción cerca de 200 villas y monasterios



Fachada de la iglesia abacial

Su antigüedad se remonta a los tiempos de los reyes suevos y en el año 655 el obispo de Lugo, **Ermefredo**, al encontrarse con el cenobio arruinado, mandó su reconstrucción para que en él se restableciese la vida monacal. Aunque su origen fue medieval, en la actualidad no se conserva nada de su primitiva fábrica. En los primeros años del mil quinientos un gran incendio destruyó casi todo la Abadía y en los siglos XVII y XVIII se llegó a reconstruir con nuevos claustros, nuevas dependencias, iglesia y sa-

cristía, todo ello concebido en un barroco contenido y clasista, muy elegante, y realizado en granito.

La iglesia actual comenzó su construcción en 1734 y concluyó en 1748. Se debe al monje benedictino **fray Juan Vázquez**, al igual que el claustro pequeño o de las Nereidas, así llamado por la hermosa fuente que se halla en su centro. El claustro grande es uno de los mayores de España y sirvió de inspiración en las construcciones que posteriormente se realizaron en el Monasterio.

En el año 1505 se lleva a cabo la reforma del cenobio de Samos pasando a pertenecer a la **Congregación de San Benito el Real de Valladolid** y se elevó a la dignidad abacial, máxima autoridad eclesiástica del mismo, que recayó en **fray Juan de Estella**.

El escudo monacal

El escudo de esta Abadía es, por regla general, ovalado. La forma ovalada corresponde heráldicamente a los escudos eclesiásticos de la órdenes religiosas masculinas. Éste es cuartelado en cruz, poseyendo cuatro cuarteles. Está timbrado con el sombrero o capelo y los cordones dispuestos a ambos lados poseen seis borlas, ordenadas: 1, 2 y 3. Esta última distinción corresponde a los abades mitrados con jurisdicción territorial, característica de las grandes abadías. En el primer cuartel aparece la cruz, como emblema de la Orden, que reproduce la que mandó realizar el abad **Brandila** en el siglo XI, desaparecida en el XIX; en el segundo cuartel, hay dos brazos enfrentados, uno sosteniendo la espada de la Justicia, que representaba el símbolo de los derechos jurisdiccionales que tenía la Abadía, y el otro la palma del martirio de **San Julián**; en el tercer cuartel, hay cuatro conchas en alusión al **Camino de Santiago**, representan la acogida que siempre tuvieron los peregrinos jacobeos por parte de la Abadía, que sirvió y sirve de lugar de descanso; y, por último, en el cuarto cuartel aparece el arco de una portada con un pajarillo y un ciprés. Este último cuartel hace referencia al monumento más antiguo de la abadía, la **capilla mozárabe del Salvador o del Ciprés**, construida entre los siglos IX y X, y el pajarillo hace referencia a la leyenda

de **San Virila**, que fue restaurador del Monasterio entre los años 922 a 924, y que, según narra la leyenda, quedó extasiado escuchando el trino de un pájaro mientras meditaba en la eternidad, cuando cantando el salmo 89, al llegar al versículo 4º, dice: "mil años Señor, en vuestra presencia son como el día de ayer, que ya pasó". Esta leyenda le sucedió al **abad San Virila** en el **Monasterio de Leyre**, en el siglo X.

Los escudos que hay por la Abadía suelen tener las mismas figuras, aunque variando en su distribución. Así, por ejemplo, en el coro existe uno con la siguiente distribución: en el primer cuartel está representada la cruz con tres conchas; en el segundo, los brazos enfrentados con la espada y la palma; en el tercero, dos palmas, una ensartada por una corona conal y la otra por dos, que representan a los mártires patronos de la Abadía y, por último, el cuarto cuartel con la misma representación del escudo anterior, el arco de una portada con un pajarillo y un ciprés.

La botica monástica

Los antiguos monjes y, en especial, los del siglo XVIII, mostraron siempre un gran interés por los temas de farmacia, medicina y alquimia. Aparte de la propia convicción de los monjes también influía considerablemente el que el cenobio se encontrase situado en el propio **Camino de Santiago**; causa de que fuese motivo para que muchos peregrinos no solamente solicitasen hospitalidad en el cenobio sino que aquéllos que acudían enfermos pudiesen encontrar en él un alivio o remedio para su enfermedad.

El **P. Feijoo** describe en sus escritos, cuando se refiere al **P. Eladio Nóboa**, monje y dos veces prior del cenobio, "como solía atender a cualquier monje enfermo, sin que apenas se necesitase acudir a ningún facultativo".

Este cenobio contó con hospedería, hospitalillo y botica. Se cree que la botica comenzó su funcionamiento, según prueba documental, en el año 1690. La



Claustro grande o de Feijoo
(ss. XVII-XVIII)

instalación de la botica monástica sirvió para favorecer a las gentes de la comarca, a los pobres y a los peregrinos. El local estaba situado en una nave adosada al claustro gótico, con puerta al exterior y hacia la carretera. Hoy día se conserva esta puerta. La habitación donde se encontraba la llaman hoy "el Salón".

En el monasterio se cultivaban plantas medicinales en una parcela, cerca de la capilla mozárabe o del Ciprés, a la que se le denominó el jardín botánico o huerto de la botica. Este emplazamiento se llega a conocer por mediación de una partida de enterramiento llevada a cabo el año 1837, que alude a la capilla del Salvador o del Ciprés, situada a unos 150 metros de la Abadía: "...se dio sepultura eclesiástica en la Capilla del jardín de la Botica al cadáver de **D. Bernardo Guerra**, presbítero, monje que fue del Convento de Samos".

Como decimos anteriormente la botica monacal se instaló a finales del siglo XVII, siendo la primera noticia que se tiene de ella un documento fechado el 11 de julio de 1690, que fue redactado en el propio monasterio y refrendado por el monje notario de la abadía, **fray Manuel de Sarria**.

Un seglar, **Manuel Gutierre**, boticario del **Monasterio de Samos** en donde residía, dona a los monjes, *ad opus infirmorum*, los quintos de la iglesia de Barbadele y otras heredades que poseía en Betote, Corbelle y Chorente, todas del distrito de Sarria. Como condición pone que se le entierre en la iglesia abacial. Probablemente estuviese al frente de la botica hasta el año 1711.



Fachada de la Abadía con tres escudos de piedra: Orden Benedictina, España Imperial y Abadía.



Claustro gótico o de las Nereidas (ss. XVII-XVIII)



Capilla mozárabe del Salvador o del Ciprés (ss. IX-X)

Albarello de cerámica talaverana de los ss. XVII-XVIII, decorado con el escudo abacial. Serie azul heráldica. Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico Vasco.



En abril del año 1711 el abad general Pedro Magaña encarga al abad fray José Lozano que envíe al joven monje José Squisani al Monasterio de San Juan de Burgos para que “se perfeccione así en botica como en medicina”. El abad general había dejado consignado que hasta que no regresase el joven monje, el abad del monasterio debería de cuidar “de que se asista a la botica, como todo ello quedó determinado por los padres del consejo”. Fray José Squisani falleció en el Monasterio de San Juan de Burgos al año siguiente de su llegada.

En 1750 llega a Samos el P. Boticario de San Vicente de Montforte con el fin de examinar al monje fray Blas López, quien invita al Señor de la casa de Lusío, D. Ignacio Valcarce, para que asista a dicho acto. Se tienen noticias sobre fray Blas López hasta el año 1788. A éste le sucedió fray José Balboa

que murió en 1812. El último monje boticario fue fray Juan Vicente Rodríguez que se hizo cargo de la botica en el año 1818, como después observaremos en una anotación escrita a mano al comienzo del libro *Institutiones medicae de Hermanni Boerhaave*.

En el inventario del año 1821 consta del siguiente material: ochenta y dos redomas de vidrio chicas y grandes; cincuenta y siete frasquitos de vidrio pequeños y medianos; setenta y seis botes de vidrio; nueve orzas de Talavera grandes; cuatro orzas de Talavera pequeñas; cincuenta y siete botes o albarellos de Talavera; seis botes de hoja de lata; ocho cacharros de barro; una balanza y un marco de ella; una medida de lata, de onza y me-

dia; tres tamices; un almirez de madera y uno de vidrio; un perol y dos cazos de azófar; una alquitara de cobre; veinte cajones para yerbas; un cuchillo y una tijera. “Todos estos enseres”, añade el autor del inventario, “se hallan con más o menos proporción de medicinas...”.

Por último, aparecen una serie de libros en algunos de los cuales aparecen las firmas de los monjes José Balboa y Juan Vicente y cuya relación mencionamos a continuación:

- Scribonius Largus, *De compositione medicamentorum*. Basileae. A. Cratandus, 1529.
- Ianus Lacinius, *Praetiosa margarita novella de thesauro ac pretiosissimo philosophorum lapide*. Venetiae. Aldus, 1546.
- Ianus Lacinius, *Praetiosa ac nobilissima Artis Chymiae collectanea de occultissimo ac pretiosissimo philosophorum lapide*. Norimbergae. G. Hayn, 1554.
- G. Rondelet, *Methodus curandorum omnium morborum corporis humani*. Paris, 1574.
- Dioscorides, *Opera omnia*, en griego y latín. 1596.
- *Officina medicamentorum*. Valencia, 1601.
- Plinio, *Historia natural*. Traducida por Jerónimo Huerta. 1629.
- Teofrasto, *Historia plantarum*, en griego y latín. Amsterdam, 1664.
- *Palestra critico-medica*, por A. J. Rodríguez, cisterciense, tomo 5º, Zaragoza. F. Moreno. 1744. En el

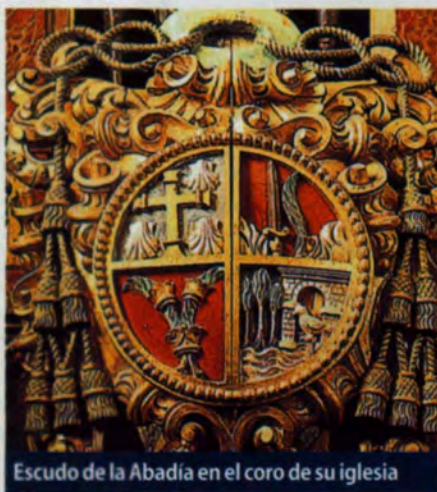
comienzo del libro se puede leer, escrito a mano: “Este libro es de fray Francisco de Araujo ad usum. Costó en Madrid, sin portes, 12 reales”.

- *Pharmacopeia matritensis*, Ed. 2º. Matriti. Typis A Pérez de Soto. 1762.
- Linneo, *Genera plantarum*. Frankfort, 1778.
- *Parte Práctica del caballero Carlos Linneo, que comprende las clases, órdenes, géneros, especies y variedades de las plantas*. Trad. del latín al castellano por A. Palau y Verdera. Son nueve tomos. Madrid. Imprenta Real, 1784.

Al comienzo del primer tomo y escrito a mano se lee: “Toda la obra 9 tomos, 234 reales sin porte, Fr. Josef Balboa”.

- *Pharmacopeia hispana*. Matriti. Typ. Ibarriana. 1794. Al comienzo del libro aparece escrita a mano: “Fr. Josef Balboa ad usum, año de 1795”.

• Hermanni Boerhaave, *Institutiones medicae*. Par. 1ª: Physiologia. Matriti. Typ. Villapandea, 1796. Al comienzo del libro aparece escrita a mano la siguiente frase: “Fr. Josef Balboa (tachado); su sucesor, ad usum es de Fr. Juan Vicente, boticario del monasterio de Samos. año 1818. Son 4 tomos”.



Escudo de la Abadía en el coro de su iglesia



**Farmacopea
Matritense.
2ª Edición.**

• *Pharmacopea hispana*. Ed. 4ª; M. Repullés, 1817. Al comienzo del libro aparece escrito a mano el siguiente texto: "Costó 28 reales, sin porte, año 1818. Boticario fr. Juan, en Samos".

• *Tratado de los venenos*, por M. Orfila. Traducido al castellano por Mariano Larra, tomo 1º, Madrid. Imp. Collado, 1819. Al comienzo del libro aparece escrito a mano el siguiente texto: "Año de 1820. Costó 22 reales sin porte. Fray Juan Vicente (boticario)".

• *Farmacopea razonada*, por N. E. Henry y G. Guibourt. Trad. al castellano por M. Jiménez, tomo 1º. Madrid. Hijos de Catalina Piñuela, 1830. Al comienzo del libro y escrito a mano, dice: "Costaron los 3 tomos 96 reales, año 1831. Fr. Juan boticario de Samos".

• *Código de medicamentos o Farmacopea francesa*. Trad. al castellano por M. Jiménez. Madrid, Impr. N. Sanchiz, 1840. Al comienzo del libro y escrito a mano puede leerse: "Costó 44 reales en Madrid al P. Boticario, en Samos, año 1842".

• *Farmacopea razonada*, por N. E. Henry y G. Guibourt. Trad. al castellano por M. Jiménez, tomo 1º. Madrid. Impr. de Sanchiz, 1842, 3ª Ed. Al comienzo del libro se lee, escrito a mano: "Costaron los 2 tomos 85 reales en Madrid al P. Boticario, Samos".

Alguna de estas importantes obras desaparecieron como consecuencia del incendio que sufrió el Monas-

terio el año 1951; otras están en manos de los farmacéuticos que trasladaron la botica fuera del cenobio y que fueron sus propietarios y, por último, otras forman parte de la biblioteca del Monasterio.

Estas obras eran consultadas por los monjes boticarios y muchas de ellas están subrayadas y con notas al margen.

Al morir en 1865 el **P. fray Juan Vicente** pasó la botica a sus sobrinos que la trasladaron a una nueva vivienda donde se instalaron libros, diversos tarros, redomas, almireces, morteros y demás material de la misma. Hoy día los tarros de la botica y demás enseres son propiedad de los herederos de los anteriores propietarios de la **Farmacia de Samos**.

En el último incendio que tuvo lugar en el año 1951 desaparecieron 15 piezas que quedaban de la botica, entre ellas, dos orzas y albarellos de distintos tamaños, que estaban ornamentados con el escudo del Monasterio.

El botamen farmacéutico

Actualmente, existen en la Abadía tres albarellos de la antigua botica. Dos son de pequeño tamaño y los podemos considerar como pildoreros. Tal vez todos ellos fuesen fabricados en algún alfar talaverano en los siglos XVII-XVIII. Pertenecen a la serie azul heráldica.

Son recipientes de cuerpo cilíndrico, con una ligera depresión en su centro. Su cuello es alto y ligeramente inclinado hacia el exterior, terminado en un labio ligeramente exvasado hacia afuera. El hombro posee una acanaladura que lo bordea y en la base aparecen un repie y pie.

Los albarellos son de color blanco lechoso y están decorados en su parte anterior con el escudo ovalado de la Abadía, en color azul cobalto, con los elementos anteriormente citados. Está rodeado de unos lambrequines y cimado por el capelo del que penden dos cordones con tres filas de borlas, ordenadas: 1, 2 y 3; que corresponden a la dignidad abacial de la máxima jerarquía religiosa del Monasterio.

Las orzas desaparecieron como consecuencia del incendio que tuvo lugar en la abadía el año 1951. No hemos encontrado ninguna de ellas. Pero, como se mencionaba anteriormente, también estaban decoradas con el escudo abacial.

El **Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico Vasco** posee un albarello que correspondió a este Monasterio y que nosotros reproducimos.

Hay que significar, una vez más, que los escudos de los tarros, albarellos y orzas, de las boticas monásticas se solían corresponder, generalmente, con los de los respectivos Monasterios y no con los de las órdenes religiosas que los habitaban. ■

Dr. José de Vicente González
Académico C. de las RR. AA.
de Farmacia y C. Veterinarias.
Fotos: L. Borreguero y J. Salgado.

